

en profunda meditacion. Brahma y Vishnu se distinguen tambien en este cuadro, donde se ve un animal que parece ser un caballo: está enjaezado con una silla semejante á las europeas y representa sin duda el sacrificio del Ekiam.

Las capillas que dan al patio tienen tambien esculturas en sus muros. En la capilla del Este hay una mesa mas pequeña que la de la capilla del centro, que está igualmente atravesada por una piedra dura: otra serpiente rodea este altar volviendo al Este su

boca abierta, para servir á la evacuacion de las libaciones.

Los devotos de Siva dicen que esta capilla recibe las aguas del Ganges el dia de la fiesta del dios. Dos leones que sostenian antiguamente el trono de Siva han sido trasladados de aquí y adornan ahora la entrada de la gruta del Este, que llama *el patio de los leones*.

La gruta del Oeste es mas profunda que la del Este: una galería sostenida por pilares, abriga un gran



Gran gruta en Elefanta.

número de personajes que adornan las paredes exteriores de esta capilla y están distribuidos á derecha é izquierda de la puerta de entrada. Las actitudes de las estatuas son reposadas y parecen representar Muis en meditacion. Tambien hay aquí otra mesa igual á las otras, pero tiene la piedra en tierra.

El conjunto de colosales esculturas de Elefanta, entre las que hay algunas de 5 y mas metros de altura y despegadas completamente de la roca, representa una especie de panteismo en que parecen confundirse todos los reinos de la naturaleza, para llegar por diversas evoluciones á grados superiores hasta ser absorbidos en el ser de que han salido en dios.

Las mas curiosas escavaciones que se han hecho en la isla de Salsette, son las de Kennerly, y se han encontrado bajo los *dagobas*, marcas de sellos representando á Buddha. En el exergo de estos sellos se leen

muchas frases del ritual búdico, que no dejan ninguna duda sobre el origen de los *dagobas*. Las inscripciones que se han podido leer datan del tiempo intermedio entre los años 150 antes de J. C., y 1400 de la era cristiana. Durante este gran período, muchas de estas grutas sirvieron de sepultura á personajes de cultos diferentes. Las últimas inscripciones están en lengua persa y en árabe y se refieren al culto musulmánico. La interpretacion de todas ellas ha de dar gran luz para la historia de la India. Ya se han podido certificar algunos sincronismos entre los reyes griegos, los sucesores de Alejandro y la dinastía india. La escavaciones que se hacen en los topos búdicos han puesto á descubierto monedas macedonias que confirman los diversos sincronismos de aquellas inscripciones.



Muelle de San Francisco.

VIAJE A CALIFORNIA,

POR M. L. SIMONIN.

1859.

SAN FRANCISCO.

I.

De París á San Francisco.—Primer aspecto de la ciudad.—Poblacion heterogénea.—Mi huésped y su jardin.—Seguridad general.—Cuartel chino.—Vista del puerto.—Importancia del comercio.—Progresos notables.—Severidad de trages.—Soirée en el consulado.—Los *politiciens*.—El *lunch*.—El mercado.—Principales edificios.—Casas de madera.—Bombas para incendios.—Mal clima.—Numeracion de los habitantes.

El 4 de abril de 1859 salia de París para embarcarme en el Habra y desde allí ir á las Californias. Tenia deseos de ver por mis propios ojos cómo nace y se forma un pais, y de visitar esas minas de oro y famosos criaderos, cuya riqueza es todavia proverbial. Asi, pues, me decidí á este viaje sin grandes reflexiones preliminares. Segun unos, debía encon-

trar en el Eldorado la ley de Lynch por toda proteccion y mineros armados de revolvers de que hacian uso con el menor pretesto: Por todas partes la confusion y el desórden, una completa anarquía. A todos estos disgustos debia añadirse el de una comarca mal sana. Segun otros, era un pais tranquilo ya y feliz al que me dirigia y en el que iba á encontrar la calma y la prosperidad sucediendo á violentas conmociones. Finalmente, el clima del paraiso terrenal y un cielo siempre despejado me esperaban para coronar el cuadro. ¿Quién tenia razon? En el curso de la narracion vendrá á saberse. Yo, por mí, resistí al consejo de mis amigos que me advertian la necesidad de llevar un buen revolver y una carabina sin olvidar el largo cuchillo-puñal: díjeles que ya encontraria tales instrumentos en el pais en que hacian de ellos tan buen uso, y partí contento dejando á aquel

pueblo civilizado el uso del sombrero de seda, rígida caperuza que oprime la frente, y el de los borceguies barnizados, muy estrecha prision para el viajero.

Provisto de un sombrero de fieltro, flexible y de anchas alas, de un par de botas de camino y de una camisa de lana roja, me parecia tener no solo un traje de pasajero transatlántico, sino el de un viajero californiano: era el vestido del minero y del trabajador como nos lo habian descrito ya todos los diarios de París.

Llegué al Habra el 5 por la mañana. En la misma localidad que yo iba un joven americano que se dirigia á Nueva-Yorck y con quien hice conocimiento entre dos sueños interrumpidos. Este joven acababa de visitar la Francia, la Italia, las orillas del Rhin, y por no perder nada del aspecto de tantos sitios nuevos, se habia provisto de un enorme antejo de larga vista, verdadero telescopio que guardaba en un gran estuche de hoja de lata. Esto, poco mas ó menos era todo lo que traia de su viaje de estudio con el recuerdo y pesar de los fáciles placeres de París.

Al amanecer visité el Habra, sus muelles, sus paseos, sus ensenadas, y despues me dirigí hácia el vapor que habia de llevarme al través del Océano. Un gendarme me cerró el paso con estas palabras sacramentales pronunciadas en alta voz: ¿El pasaporte? Díme prisa en satisfacer á esta imperiosa exigencia de un agente de la fuerza pública y por la primera y la última vez de mi largo viaje hube de exhibir mis señas. El barco estaba á punto de partir á mi llegada. De repente, á una señal del capitán y al ruido del cañon, repetido por los ecos de la playa, el coloso se estremeció, y saliendo de la ensenada, henos ya en la mar.

Eché luego una rápida ojeada sobre mis compañeros de viaje, de los cuales, fuera del americano, ninguno me era conocido; pero las relaciones se hacen muy pronto á bordo y creo que nunca se han reunido pasajeros mas amables.

Entre los franceses habia uno, V. L., azadonero de California, que volvia por la cuarta vez hácia las orillas del Eldorado. A él me incline instintivamente y conocí en él á un excelente hombre. Tambien citaré á la graciosa Mlle. E. P., antigua artista del teatro de Variedades de París, á quien el arte y el corazón llamaban igualmente á San Francisco, haciendo tambien este viaje por la segunda ó tercera vez.

El reverendo O. R., misionero jesuita en el Canadá, qué, á la voz de sus jefes, iba á emprender de nuevo el camino de los desiertos, despues de cuatro años pasados en París consagrado al estudio de las letras y las ciencias; Ch. P., hijo de un rico banquero de Nueva-York, verdadero *gentleman* y alegre compañero; don Agustin B., plantador de la Habana; madama L., graciosa criolla de Nueva Orleans y

otros muchos completaban el número de los pasajeros de primera clase.

Reunímonos, pues, en el puente de nuestro vapor americano el *Fulton* y con el mejor tiempo atravesamos la Mancha dirigiéndonos hácia la isla de Wight adonde arribamos por la noche.

El dia siguiente 6 de abril, bajamos á tierra y visitamos la ciudad de Cowes, á cuya vista habíamos fondeado. Alegre y brillante, Cowes comenzaba á adornarse para recibir á los numerosos bañistas que la primavera lleva á su seno.

Por la tarde del mismo dia, levamos ancla y costeamos las verdeantes orillas de aquella encantadora afortunada isla.

El *Fulton* nos llevó juntos hasta Nueva York y desde allí otro vapor, el *Moses Faylor* nos condujo á la Habana y á Aspinwall, donde tomamos el ferrocarril de Panamá. El *Sonora*, estamer gigantesco, de 2,000 toneladas de porte, nos abrió luego su ancho seno y navegamos por el Pacífico, que un pasajero parisien se creia el mismo mar de que acababamos de salir. En la costa de Méjico visitamos á Acapulco y el 2 de junio por la mañana bajé al muelle de San Francisco. Allí tomé un carruaje de alquiler, que me condujo de una carrera al *International Hotel*, donde ya estaban instalados algunos de mis compañeros de viaje.

Durante el trayecto que hice desde el muelle al hotel, la ciudad desenvolvió á mi vista un panorama de los mas animados y curiosos. Era ciertamente una ciudad americana la que tenia á mi vista: las casas, de madera la mayor parte, pero de construccion muy elegante; las calles anchas, rectas y paralelas de modo que imitaban un tablero de damas en sus puntos de travesía; vastos almacenes, grandes muestras, rápidos carruajes, ómnibus tomando y dejando incesantemente á los hombres de negocios, casi en todas partes una multitud compacta y agitada, todo me recordaba las ciudades de los Estados-Unidos que acababa de dejar en las costas del Atlántico. Pero al mismo tiempo el San Francisco de los primeros dias tal como lo soñamos aun en Francia, mostraba por aquí y por allá la punta de las orejas. Era una bicoca destrozada al lado de la mas suntuosa habitacion; un andén de desunidas tablas por donde el pasajero podia desaparecer; calles desempedradas en muchas partes que habian de trasformarse en un verdadero cenagal pasada la estacion seca que entonces reinaba.

En medio de esta mezcla de lujo y de ruina, consecuencia inevitable de la aceleracion con que se ha edificado la ciudad, aparecen los trages mas diversos y raros. Desde luego la poblacion americana en apretados grupos, como conviene á gentes que están en su casa. Los franceses, los ingleses, los irlandeses, los italianos y alemanes se mezclan con los americanos y

se distinguen de ellos, ya por el tipo, ya por la lengua. Despues viene la estraña mezcla de los megicanos, esos señores desposeidos de las Californias, orgullosamente vestidos con su *sarape*; despues los chilenos cubiertos con su poncho de vivos colores; los chinos con su gorro redondo y calzones de seda; las chinas curiosamente engalanadas; finalmente, los negros cubiertos de harapos recogidos al azar y que pasan cantando y removándose por las calles. Por aquí y por allí aparece la estraña cara de un indio, venido del interior á perderse en el laberinto de la ciudad: por su tez cobriza ó negruzca y los adornos que lleva, este hijo del desierto, descendiente de los primeros poseedores del pais, contrasta singularmente con todos los otros tipos.

Yo pasé dos semanas visitando á San Francisco donde prolongué mi estancia con tanto mas gusto, cuanto que se me abrió hospitalariamente la casa de un compatriota. Jamás he tenido un gusto pronunciado por la vida en el hotel á la americana, y asi que acepté de buena voluntad, despues de un viaje de dos meses, la oferta que me hiciera M. T., de acogerme en su casa. Esta estaba situada lejos del centro de la ciudad y del ruido de los negocios, en un bello jardin que cuidaba el mismo dueño. Un vistoso molino de viento, era impulsado por la brisa que soplabá regularmente todos los dias y aquel mecanismo suministraba agua en abundancia á las plantas y á las flores. Por la mañana desde la aurora y por la tarde al ponerse el sol, venian los pájaros moscas á picotear las rosas animando con su presencia aquel delicioso sitio. Creíase uno en medio del campo: ningun ruido turbaba el encanto de aquella pacífica morada, y la mas perfecta tranquilidad reinaba en el contorno.

Para dar una idea de la seguridad de que se gozaba entonces en San Francisco, diré que las ventanas de mi habitacion que daban á pie llano á la calle, apenas cerraban y aun faltaba uno de los cristales. De ello advertí á mi huésped, el cual no se inquietó por tan poco. Ya no se estaba en aquellos tiempos en que la ley de Lynch y los comités de vigilancia habian tomado el lugar de los tribunales regulares; en que los *convictos* de la Australia y los *boafers* americanos unidos á todos los bandoleros del universo que se habian dado cita en el pais del oro, saqueaban la ciudad juntando el robo al asesinato. Habia pasado la época de aquellos incendios causados intencionalmente la mayor parte de las veces, y que destruian en un dia ciudades edificadas en muchos meses: se habian cerrado tambien aquellas casas de juegos célebres en que el ruido del revolver se mezclaba con los gritos é imprecaciones de los jugadores. Todo habia vuelto á entrar en órden, gracias á los violentos medios de represion de que habia sido necesario hacer uso; y hacia muchos años que no solo San Francisco, sino toda

la California se hallaba en estado de no tener que desear nada á los países mas civilizados y pacíficos. Y hé aquí por qué mi respetable huésped tenia tan poco cuidado de cerrar sus puertas y ventanas, y tambien por qué, despues de haber dejado en París el revolver la carabina y el cuchillo-puñal en casa de Devisme ó Lepage, cometí en San Francisco la misma negligencia, contentándome solo con echar una ojeada al través de las vidrieras de los armeros sobre la pistola de seis tiros de Colt, el mejor revolver conocido. Confieso que es mas pintoresco y valdria mas presentarse aquí como californiano desde los primeros dias con todo un museo de artillería encima; pero debo la verdad á la *Vuelta al Mundo* y ruego á mis lectores no olviden que les describo la California de 1859 y no la de 1849: diez años son un siglo para los enérgicos americanos.

San Francisco es actualmente una ciudad de ochenta mil almas, bien edificada, alumbrada con gas y surcada de bellas calles, de las cuales las hay verdaderamente grandiosas como la de *Montgomery*, que recuerda la de la Paz en París. En *Montgomery-street* tuvo lugar el gran *meeting* en favor de la Union que representa nuestra primera lámina.

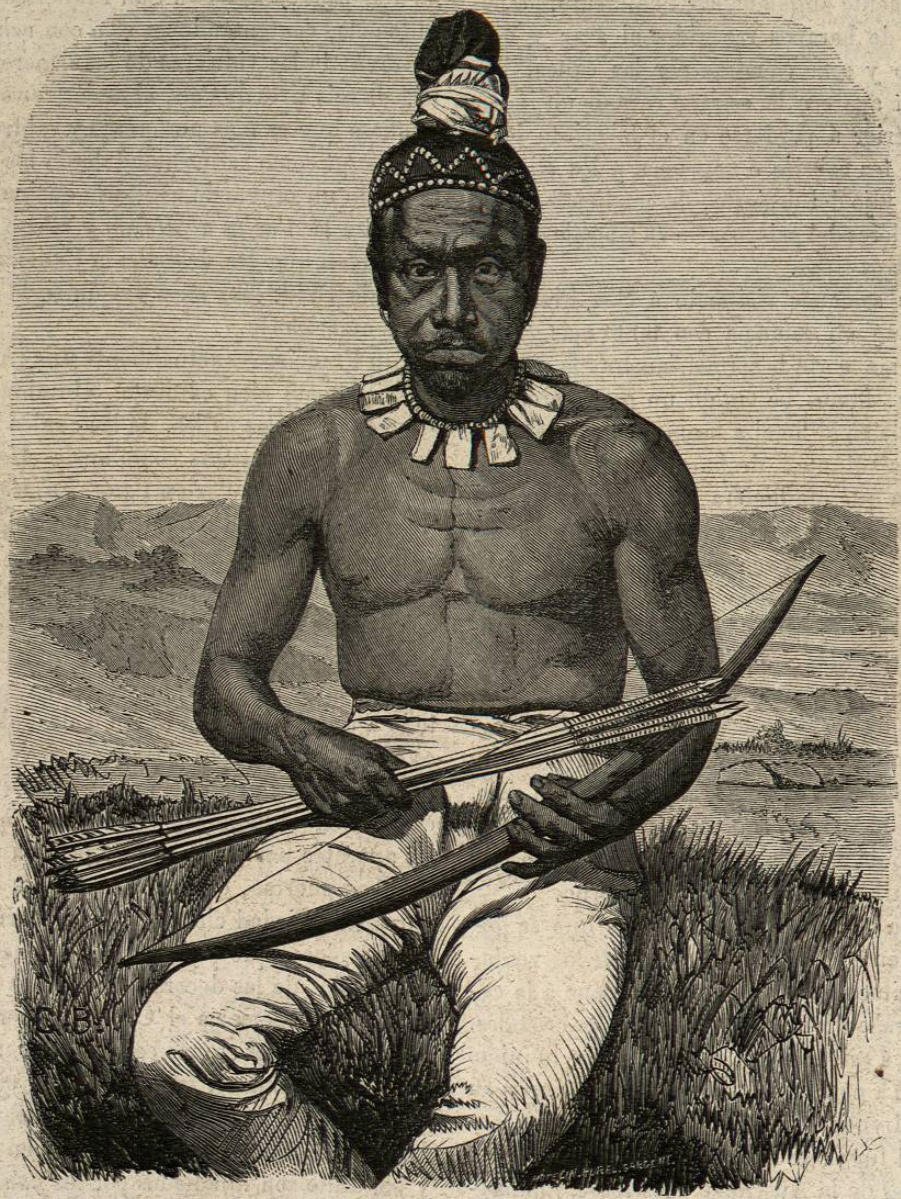
Algunos *squares* alfombrados de musgo y plantados de árboles interrumpen la monotonía del trazado geométrico de la ciudad. El cuartel chino ofrece un aspecto muy singular; al verlo, se cree uno trasportado á un arrabal de Canton ó de Pekin. La ilusion es completa; los tipos y trages que ve el pasajero, los estraños gritos que oye en su rededor, los anuncios escritos en chino, las mercancías puestas en venta, los aparatos particulares que penden por delante de algunas puertas, como las tres bolas doradas de los montes de piedad chinos, ó las linternas de transparentes colores que por la noche se encienden, la forma, en fin, de las decoraciones de los almacenes, todo trae á la memoria el Celeste Imperio. Este rasgo particular de los chinos consiste en conservar sus costumbres nacionales, ha traído sobre ellos la animadversion de los americanos que los miran con insolente desprecio. Además, los chinos tienen la tez amarilla y por tanto son infamados por los *yankees* que no admiten las razas de color en el mismo grado de color que la raza blanca.

Despues del cuartel, ó barrio chino, uno de los espectáculos que mas me llamaron la atencion en San Francisco fue la vista de su puerto. Los muelles tienen un desenvolvimiento de muchos kilómetros. Hechos con bello abeto de California, sobre los cuales se nivelan las baldosas que forman un gran pavimento, entran en el mar hasta una longitud suficiente para que los barcos de mayor porte puedan abordar directamente. Los mismos *clippers* de Nueva York y de Boston, que cargan mas de 2,000 toneladas, desem-

barcan sus mercancías en el muelle. Estos *clippers* de elegante casco vienen con frecuencia en tres meses de los puertos de los Estados Unidos al Atlántico, mientras que nuestros barcos echan aun seis meses

para arribar á San Francisco. Saben, por lo demás que la distancia por el Cabo Horn no es menos de 6,000 leguas.

Al lado de estos *clippers* aparecen en el puerto de



Tipo de indígena de la California.

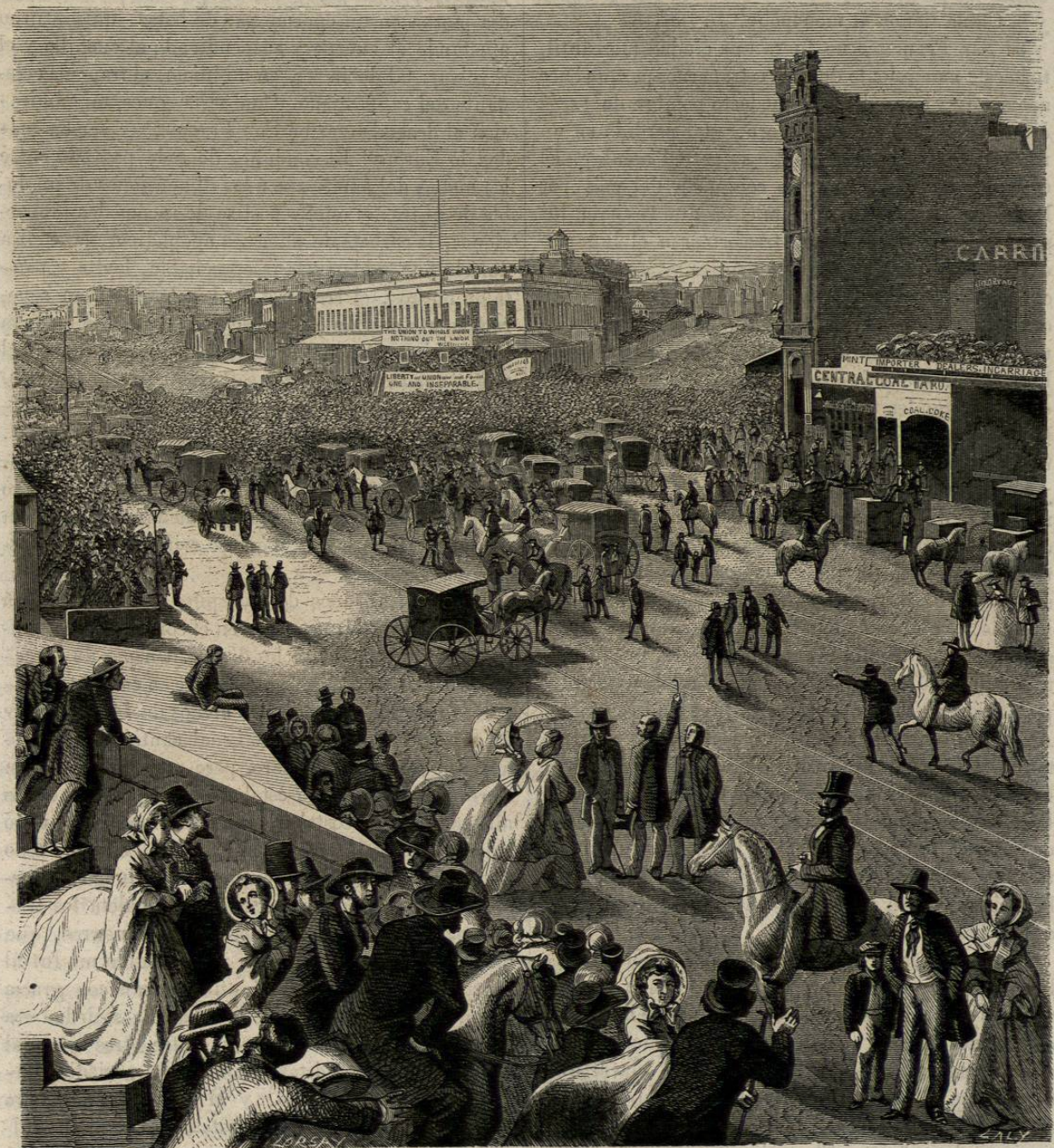
San Francisco los enormes vapores del Pacífico, verdaderas ciudades flotantes; despues otros vapores de menores formas que hacen los viajes de la costa de California y del Oregon. En fin, los *steamers* de la bahía y de los rios del interior. Entre los barcos mercantes, puede decirse que todos los pabellones y embarcaciones del mundo se muestran igualmente, hasta los balleneros de la mar de Okhorsch que no temen ya tanto á estos parajes como en los dias en que la

fiebre del oro hacia perder la cabeza á sus marineros desertores.

El comercio de San Francisco estiende sus relaciones por todo el universo. Al Norte el Oregon, la Colombia británica y la América rusa, hacen un cambio de productos diversos con la reina del Pacífico; al Sur y en toda la América Meridional hasta el cabo Horn, Megico, el centro de América, la Nueva Granada, el Ecuador, el Perú, Chile, y en el Atlántico el Brasil,

envian á las Californias sus producciones coloniales, sobre todo azúcar y café por harinas, trigo, cebada, avena, mercurio y maderas de construccion. Con los

Estados Unidos el movimiento es incesante como conviene entre pueblos hermanos y por eso se lleva á Nueva York casi todo el oro de California. En fin, de



California.—Un meeting en San Francisco.

la Europa la Inglaterra envia su carbon, la Francia sus vinos, sus aguardientes sus artículos llamados de París; la Alemania sus paños, la Italia sus frutos y otras producciones especiales. La California en cambio de las mercancías que recibe, da las suyas, y el

trigo, el cuero, las pieles, los lingotes de oro toman con frecuencia la via de Europa.

Pero no se limitan en esto las relaciones de los comerciantes sanfranciscanos. Con las islas de la Océania, sobre todo las Sandwich y Taiti se hace un cam-